

---

LUIS ALBERTO SANCHEZ

## Menéndez y Pelayo y las letras americanas

**E**N literatura sólo cuentan los bueyes. Los genios son los más gordos bueyes, los que trabajan sin fatigarse dieciocho horas diarias. "La gloria es un esfuerzo constante", escribe Jules Rénard, me parece que en su *Diario*. Flaubert afirmaba que el genio (no la gloria) es producto de una larga paciencia. Cuando se piensa en cierto número de grandes laboriosos, entre ellos Marcelino Menéndez y Pelayo, acaba uno dando la razón a Rénard.

Los tremendos obreros de la inteligencia del siglo XIX europeo (y americano) sólo tienen parangón con los del Renacimiento en Italia. También pueden hombrarse con los de ahora, a cuyo haber rara vez se abona la ingente y dispersa tarea periodística, no por efímera y volandera, menos exigente de aplicación, tensión y esfuerzo.

Dickens, Balzac, Dostoyewski, Scott, Tolstoy, Galdós ¡qué magnífica humanidad! Evocan a aquellos otros seres incansables: Miguel Angel, Botticelli, Da Vinci, Rafael, Rubens, Velázquez; o, más cercanos, Goya, Rodin, Delacroix, Corot; y, si nos atenemos a letras contemporáneas, Ortega y Gasset, Unamuno, Gómez Carrillo, Neruo, Darío, Azorín, hombres de muchos volúmenes *per cápita*, como ocurre en los casos de Maurois, Gide, Mann, no por esquisitos, menos prolíficos.

Menéndez y Pelayo, al par que José Toribio Medina, otro "monstruo de la naturaleza" (como Lope y Quevedo), encaró todos los problemas de su época. Léa tanto y tan bien, y desplegaba tan prodigiosa memoria, que él era, en sí, una enciclopedia andante. La biografía de Miguel Artigas, nos lo presenta ganando oposiciones universitarias al filo de los 20. Cuando murió, en noviembre de 1912, a los 56 años de su edad, había realizado algo infinitamente superior a la vida de un hombre, equivalente a la de una generación.

Bastaría citar *La ciencia española* y la *Historia de los heterodoxos* para exaltar al hombre. La *Historia de la poesía hispanoamericana*, constituida en dos tomos con los dilatados preámbulos a los cuatro de *Antología de poetas hispanoamericanos* (1893-1895) refrenda de tan inequívoca manera la erudición y el buen juicio del entonces cuarentón de Santander, que resulta sobrado todo elogio, aún a la hora del centenario. De mí sé decir que, a penas salía de la niñez, cuando me deleitó don Marcelino con sus *Odas y epístolas*. El sabor arcaico y, sin embargo, renovado de esos versos, me quedó más que en el oído, en el alma. Había allí poesía, qué duda cabe.

Desde antes de los treinta, Menéndez y Pelayo sorprendía por su fama, ultrapassando las fronteras patrias. En el *Epistolario* de don Ricardo Palma (Lima, ed. Antártica, 1949, vol. I, p. 85), encontramos una carta del 20 de noviembre de 1883, en donde dice al polígrafo en agraz: "Un bibliotecario mendigo se dirige al ilustre literato para pedirle la limosna de sus obras". Sólo en 1892, el tradicionalista peruano conoce de visu y trato al santanderino, con ocasión de las festividades para celebrar el cuarto centenario de la llegada de Colón a América: "Físicamente (Menéndez y Pelayo) no luce una organización robusta y a prueba de fatigas; pero, bajo apariencias delicadas, su organismo es tan privilegiado como su inteligencia. De mediana estatura, delgado, pálido, en sus ojos, que son hermosos, y en la serenidad de su mirada, se refleja un gran espíritu. Cuando yo le conocí acababa de cumplir treinta y seis, y representaba edad inferior a la que le asigna su fe de bautismo. Nació en Santander, en 1856". (Palma, *Recuerdos de España*, B. Aires, Peuser, 1897; ed. Obras completas, Madrid, Aguilar, 2.<sup>a</sup> ed. 1953, págs. 1358-1360).

Menéndez y Pelayo había tratado a muchos escritores americanos en la necesidad de acopiar materiales para su Antología. La Academia Española le secundó tan eficazmente, que algunas correspondientes de nuestro continente pergeñaron volúmenes enteros (tal Don Agustín Gómez Carrillo, desde Guatemala). Don Ricardo Palma conoció el primer tomo en Madrid. La parte sobre México y América Central le abrió el apetito. Para él, constante cortador de lo peruano colonial, la posibilidad de organizar un tomo eficiente acerca de su patria, empezó a ser obsesiva. Lo revela su correspondencia. Veámoslo.

En carta del 10 de agosto de 1893, Palma dice a don Marcelino: "Supongo ya en camino de publicarse los tomos II y III de la Antología. Si le hace falta algún dato relativo a poetas peruanos, pidálos con toda llaneza a su admirador y amigo affmo." (*Epistolario*, I, 86). El 26 de febrero del año siguiente, reitera la observación. En septiembre 25, 1894, insiste: "Esperando los tomos II y III. Cuando estuve en Madrid, la Academia me obsequió el primero. Reclamo los otros dos".

Ya en los primeros meses de 1895, el tercer tomo, donde aparece la sección peruana, se encuentra en manos de don Ricardo. El hijo mayor de éste, escritor también, Clemente (1872-1946), pergeña un juicio crítico. El halagado padre dice a don Marcelino: "Uno de sus artículos (de Clemente) es un juicio sobre la *Antología de poetas americanos*. (Marzo, 20 1895; *Epistolario*, I, págs. 90-91).

Palma enviaba a Menéndez y Pelayo un ejemplar de sus *Recuerdos de España*, el 20 de octubre de 1897.

A toda aquella petitoria, Menéndez y Pelayo había contestado desde Santander, con fecha 6 de enero de 1894: "El tomo III, en que van los (poetas) del Perú está acabando de imprimirse. En la introducción he procurado hacer un estudio lo menos incompleto posible, dentro de los materiales que aquí tenemos". Obvio, al parecer: don Marcelino compuso por sus propios medios dicho tomo. Gran mérito. (Palma, *Epistolario*, II, 264).

El prólogo —los prólogos— fueron siempre excelentes. Su autor, en plena madurez, destellaba por su saber y su decorosa travesura. No obstante ser uno de los grandes eruditos de su época, sabía conser-

var su sentido humano. Menudean los episodios al respecto. Diz que don Marcelino, de carne y hueso siempre, gustaba del mosto, y a veces hasta se le entregaba. Siendo ya director de la Biblioteca Nacional de Madrid, cumbre de la sabiduría, le aquejó en plena calle (así cuentan los epígonos) una urgencia corporal, liviana al fin y al cabo, y estaba en ello, muy suelto de mano, cuando acertó a pasar en su carruaje una alta personalidad femenina de la Corte. Sin desocupar una de sus manos, don Marcelino llevó la otra al ala de su hongo y saludó respetuosa y profundamente. Como para destituirle. El personaje rió de buena gana. Los sabios son *ansi*.

\*  
\* \*

Conocemos varias ediciones de la *Antología* y, su coronación crítica, es decir, la *Historia de la poesía hispanoamericana*. La primera se publicó en 4 volúmenes, entre 1893 y 1895; la segunda, ya sin antología, en Madrid, 2 vols. 1913; la cuarta, en Madrid, Edición Nacional de Obras completas, en 1948.

En esta última oportunidad, don Federico de Onís hizo un breve, pero enjundioso comentario: "Aunque han aparecido algunas ideas y puntos de vista nuevos desde el Modernismo hasta hoy, no se ha llegado a hacer una interpretación nueva del largo período estudiado por Menéndez y Pelayo". No obstante, Onís señala "la parcialidad política y religiosa que le lleva (a M. y P.) a censurar en América, todo lo que signifique negación de la tradición española". Añade: "Son molestas también las constantes comparaciones con autores españoles que dan la impresión de inferioridad y dependencia de la literatura hispanoamericana, respecto de la de España". (Federico de Onís, artículo *Menéndez y Pelayo y la poesía hispanoamericana*, publ. en *Revista Hispánica moderna*, reproducida en el volumen *España en América*, Universidad de Puerto Rico, 1955, página 575).

Estas observaciones son exactas. De Onís las condensa en un apretado párrafo. Su calidad de español, él mismo, no le impide ser imparcial. Menéndez y Pelayo ("soy católico a machamartillo"), supeditaba todo a su catolicismo y a su españolismo.

De ahí su impermeabilidad frente a otras tendencias de nuestra cultura americana, y de ahí también cierto desdén para algunos de los valores nuestros y su desvío de todo movimiento característico de América, por ejemplo, nuestro implícito barroquismo, fruto de dos vertientes sociales y culturales, y nuestra voracidad romántica, producto de prolongada adolescencia.

Cuando, refiriéndose a Espinosa Medrano *El Lunarejo*, estupendo escritor peruano de nuestro siglo XVII, le califica de "perla perdida en el muladar culterano", acierta en parte: lo de perla, sin entender al "muladar", donde se debatía una intensa ansia de vida y expresión. Tampoco llega al meollo de Ruiz de Alarcón más mexicano (o tanto) que español. Los trabajos de Pedro Henriquez Ureña y de Alfonso Reyes al respecto surgen después de la muerte de don Marcelino, quien al final de sus días, andaba patrocinando, en unión de muchos ilustres escritores, entre ellos varios americanos como José Toribio Medina, José de la Riva Agüero, José Enrique Rodó, Fernando Ortiz, Justo Sierra, etc., una vasta y hoy olvidada, pero jamás inútil antología universal: la *Biblioteca Internacional de Obras famosas* en 27 volúmenes. Esta clase de empresas, las ciclópeas, las de los "grandes bueyes" fueron las predilectas de don Marcelino. Le calzaban como anillo al dedo.

\*  
\* \*

La *Antología de poetas hispanoamericanos* es la primera gran historia de nuestra expresión en versos. Digámosla así, pues la expresión poética se realiza a veces en prosa, y no siempre es poesía el verso. Para el criterio del siglo XIX, verso y poesía andaban de consuno. Podía faltar ésta en aquél, pero nunca aquél a ésta. Los cuatro volúmenes de su única edición completa (con trozos selectos) están divididos por países. Empiezan, geográficamente, por el norte. Cubren el período comprendido entre la llegada de los conquistadores y los últimos gritos románticos. Se detiene en los umbrales del Modernismo, aunque vaticine la gloria de Darío, quien ya había publicado *Azul* (1888). Contra lo imaginado, Menéndez y Pelayo observa un orden cronológico, pero no una disci-

plina histórica. Su crítica es penetrante. Ninguno de sus discípulos le supo imitar. Por lo común tomaron de él solamente lo erudito. Olvidaron al crítico y al humanista. Olvidaron sobre todo el buen gusto de que nunca se vió desasistido Menéndez y Pelayo.

Recoge en la *Antología* composiciones de dieciséis poetas mexicanos; cinco de América Central; trece de Cuba; uno de Santo Domingo; dos de Puerto Rico; dieciséis de Venezuela; quince de Colombia; seis de Ecuador; siete de Perú; tres de Bolivia; seis de Chile; ocho de Argentina; cuatro de Uruguay. En total, ciento cinco poetas. Confesamos que la distribución es deficiente, aun para el tiempo de don Marcelino, y que la escogitación es en varios casos dudosísima.

En el primer tomo (1893) <sup>1</sup> entran México y América Central.

Menéndez y Pelayo encara la poesía hispanoamericana con un criterio muy de su época. No supera su ambiente. Don Juan Valera había ya abierto el oído a nuestras voces. En sus *Cartas americanas*, bien que con cierto aire de superioridad, muy de su posición y su tono, deslizaba palabras de suave censura y atenuado elogio a los escritores del 80-90. Menéndez y Pelayo emprendió la tarea más a fondo, sistemáticamente, pero sin esa capacidad sustitutoria, digo, de que el crítico se ponga en el caso del autor a quien comenta, de suerte que se integre una visión total —la objetiva y la subjetiva— de la obra.

Aunque, en el preámbulo al primer tomo, don Marcelino confiese que "la poesía hispanoamericana es riquísima", y cargue en la cuenta de la Real Academia el tipo de selección y la circunstancia de no ocuparse sino de autores muertos, hay algo de la cosecha de don Marcelino que define su manera de sentir frente a tal poesía.

Desde luego, no considera sino la "poesía castellana en América". Se excusa así de no tratar la brasileña, a la que juzga, con increíble ligereza, una rama de la portuguesa. Un idioma es mucho, pero no todo. La norteamericana es diferente de la

<sup>1</sup> "Antología de poetas hispanoamericanos, publicada por la Real Academia Española. Tomo I, México y América Central. Madrid. Tip. Sucesores de Rivadeneira, 1893.

literatura inglesa, y la haitiana lo es de la francesa. La literatura se alimenta preferentemente de matices, de esas "nuanas" que Verlaine consideraba por encima de "la couleur". Después de todo, la inteligencia es un complejo de matices, de medios tonos, no de estridencias. El tajante y dogmático queda al margen de toda crítica estética; no, por cierto don Marcelino, hombre humanísimo, en quien se descubren a cada paso flancos de entendimiento y ternura difíciles de igualar.

No obstante, don Marcelino, dudaba de que hubiera algo americano en la poesía nuestra ("lo que es muy dudoso", comenta). Y cuando se aboca a la posibilidad de temas indígenas, él, que olvida a Juan León Mera en su selección, los llama "gentes bárbaras y degeneradas", acusando así el impacto del *minus* conocimiento de su tiempo, en que nada se sabía de las culturas indias, y, aunque Pi y Margall y Jiménez de la Espada, con más intuición que sapiencia, habían vislumbrado rasgos fundamentalmente diversos en los factores indígenas de nuestra cultura y nuestro arte, los más se inclinaban, rezagos de la jactancia décimonónica, a no descubrir excelencias sino en lo directamente llegado de allende el Atlántico. Por eso, se explica, aunque no justifica, que don Marcelino aseverase con inusitada seguridad que los asuntos indígenas eran *para los americanos de hoy* más extraños que los egipcios.

Su afirmación sobre que el teatro en América, salvo Alarcón y Gorostiza, a quienes españoliza en absoluto, "apenas tiene historia" es otro error explicable, dado que no se habían realizado entonces las investigaciones de que disponemos hoy.

En la época en que escribía Menéndez y Pelayo, aun era dogma el que los libros de caballería e "invenciones novelescas", no habían pasado a América a causa de la prohibición de las Leyes de Indias. "Apenas podían entrar sino de contrabando los que se imprimían en la Península" (t. I, xviii). No es de enrostrar este yerro. Hasta 1927 lo admitía Pedro Henriquez Ureña en sus *Anotaciones sobre la novela*, insertas en una revista de La Plata. Sólo con los esclarecimientos de Irving a Leonard (reunidos en *Books of the Brave*, 1951, aunque divulgados desde 1933 en diversos folletos) y de José Torres Re-

vello, tenemos la certeza de que los libros de caballería circulaban casi libremente, o, al menos, sin efectivas cortapisas legales, desde fines del siglo XVI, a extremo de que no menos de cien ejemplares de la primera edición del *Quijote* (1605) llegaron a América y se redistribuyeron desde Panamá.

"Pero sobre la poesía no recaía anatemá" dice don Marcelino, y dice bien. Es lo que va a exhibir en su *Antología* de que queremos hacer algunos comentarios.

\*  
\* \*

En línea general, hay en la crítica de don Marcelino, aparte de su erudición siempre tan segura y de su acuciosidad ejemplar, un regusto excesivo por lo ideológico y lo comparativo, antes que por la obra misma. En otros términos, se deleita buscando las raíces y efectos *morales* de la obra y, cuanto a lo estético, no puede ocultar su alegría cuando descubre un nexo, una semejanza, una inspiración sobre todo si en los clásicos. Otra nota de que daremos muestras luego: no entiende las letras que no sean clásicas o con tendencia a lo clásico. Lo barroco le sabe mal. Para él, la poesía castellana del siglo XVI es la forma suprema de toda poesía. Se explica así sus tropiezos con Calderón de la Barca, su desdén a Góngora, su entusiasmo por Lope, a quien, por lo demás, ha iluminado de manera estupenda en los últimos tiempos, Marcel Bataillon.

Cuando aborda la poesía mexicana advertimos, de inmediato, la lucha entre el descubridor y el paladeador o degustador. Será su drama permanente.

Así, concede excesiva importancia a Es-lava (a quien consagra casi 9 páginas: de la XL a la XLVIII inclusive), cuyos méritos son secundones, sin duda. Al Obispo Valbuena y su *Grandeza mexicana*, cuyo sabor descriptivo le encandila, le concede otro tanto, encomiando mucho sus dotes pictóricas al punto de considerarlo, y nos parece que acierta, "más americano" que el poeta chileno Pedro de Oña, cuyo *Arauco domado* de éste ha sido materia de valiosas exégesis no sólo de parte de José Toribio Medina, sino del crítico contemporáneo Fernando Alegría y del señor Dinamarca.

Pasa casi por alto a Ruiz de Alarcón. Sus razones no son sólidas. Así como Valbuena era un español mexicanizado, ve en Alarcón un mexicano españolizado, y afirma que "rarísimo" son las rememoraciones que en su obra hace de "su país natal". Pedro Henríquez Ureña y Alfonso Reyes, con el parcial o tibio voto en contra de Antonio Castro Leal, han demostrado que Alarcón fué paradigma de mexicanismo, no sólo por su lenguaje, sino, sobre todo, por su actitud. Psicológicamente, Alarcón fué mucho más mexicano de lo que se pretende, pero don Marcelino, juzgando desde afuera, por el ambiente en que se desarrolló y donde estrenó sus obras, lo considera de manera distinta. Sin caer en innecesarios jingoismos, estamos por la tesis de Reyes y Henríquez, que data de 1913, es decir, cuando don Marcelino acababa de cerrar los ojos para siempre.

A Sor Juana Inés de la Cruz le dedica don Marcelino menos de ocho páginas. Explica en ellas, refiriéndose a coetáneos de la monja, que "es cierto que en una historia detallada no podría prescindirse de algunos versificadores gongorinos" (t. I., p. lxiii). Salta a la vista el prejuicio. Se requiere que la historia sea "detallada" para que "no pueda prescindirse" de "algunos" versificadores gongorinos. Menos mal que salva de esta caracterización a Sor Juana, "no porque esté libre de mal gusto" ni por "su vana, caudalosa y no muy selecta doctrina", sino por su ímpetu que logra vencer las resistencias principales que Menéndez y Pelayo sintió hacia el conceptismo. En medio de los elogios a la intimidad en carne viva de la ilustre monja, desliza empero estas frases: "pocos son, a la verdad, lo que un gusto severo y escrupuloso puede entresacar de los tres tomos de sus obras, y aun estos mismos no se encuentran exentos de rasgos enfáticos, alambicados y conceptuosos (I; lxvi). Agrega que no se juzgue a Sor Juana "por sus ensaladas y villancicos".

La pulquérrima edición conmemorativa de Méndez Plancarte y los constantes aportes de Ermilo Abreu Gómez, y las notas de Alfonso Reyes y de Dámaso Alonso, han arrojado, felizmente, nueva luz sobre la ilustre "décima musa". Su conceptismo es gracia. Su gongorismo alcanza nivel extraordinario en el *Primero sueño*, del que hay un parco, pero iluminante comentario

debido a Natalicio González, en la edición hecha por éste también en 1951. Y aunque, en la parte antológica y en otros comentarios don Marcelino rinde homenaje pleno a la gran poetisa, echamos de ver al momento los límites dentro de los cuales fluye su gusto estético, menos seguro que su información histórica.

Después de excesivas páginas sobre el jesuita Francisco Xavier Alegre y grandes elogios a Gorostiza, Menéndez y Pelayo hace una vehemente defensa de la originalidad de José Joaquín Pesado (1801-1861), acusado continuamente de plagio, lo cual no excusa las 16 páginas (el doble que Sor Juana) con que le condecora. Pero, es que Pesado calzaba en el gusto de Menéndez y Pelayo: cada cual tiene, inevitablemente, su talón de Aquiles para que en él roa el avieso rencor ajeno.

Nos parece que es llegando a Manuel Acuña y a Manuel M. Flores, donde, tocante a México, luce en su esplendor el buen juicio de don Marcelino. No estamos conformes en que Acuña sea un "cantor de las evoluciones de la materia conforme al novísimo sentido de las escuelas naturalistas". Pero, honra a don Marcelino, por su oposición doctrinal precisamente, el siguiente juicio: "En aquel niño tan infelizmente extraviado había el germen de un poeta". Y esto otro, refiriéndose a la composición *Ante un cadáver*: "es una de las más vigorosas inspiraciones con que pueda honrar a la poesía castellana de nuestros tiempos". Algo más, al seleccionar, en la antología, esta composición y el *Nocturno* demuestra su independencia de criterio, aun cuando tratándose de Terrazas, el colonial, despidiera un soneto, "el mejor", "por deshonesto".

Centroamérica no recibe de Menéndez y Pelayo el debido trato. Pero, expliquémonos, aun hoy es zona desconocida por su enclaustramiento. Contó, sí, con la ayuda de don Agustín Gómez Carrillo, el cual compuso una memoria para brindar datos y materiales a su colega de la Academia de Madrid, lo cual explica, siendo el informante guatemalteco, por qué Guatemala reluce mejor que los otros países de aquella zona.

Tiene razón cuando afirma don Marcelino que Landívar ("poetas genuinamente americano") abre la era de la poesía centroamericana. Sus alabanzas al hexámetro

y al latín del ilustre jesuíta revelan el sincero entusiasmo del crítico. Claro, cabría observar que ser "genuinamente americano", por ser estrictamente descriptivo, conlleva una actitud crítica muy discutible: la de creer que el americanismo consiste en describir nuestra naturaleza. Pero, ése era el criterio de aquel tiempo; así lo proclamaba Rubió y Lluch, así lo decía Valera, y así lo iba a refrendar Chocano, cuya eclosión madrileña se produce cuando aun estaba vivo el ilustre santanderino.

Al enfocar a José Batres Montúfar, el irónico y ameno autor de *El reloj*, don Marcelino no puede ocultar su entusiasmo: "es la verdadera gloria poética de Guatemala", dice. Le coloca al lado de Bello, Olmedo y Heredia, tres de las predilecciones del santanderino.

Conviene meditar al respecto. Sin duda, Menéndez y Pelayo tenía visible debilidad por la poesía con anécdota, a la que podríamos llamar "poesía con estrambote". La poesía libre de episodios, dedicada al puro fluir de emociones y sensaciones, le dejaba impasible. De ahí su menosprecio a Góngora, sin excluir del todo al de los *Romances* exaltado por encima del de *Las Soledades* y el *Polifemo* hasta muy entrado nuestro siglo. Cuando alaba a Irisarri poeta, aunque se desvíe por los *meandros* de su proteica personalidad de prosista y político, y cuando destaca ciertos aspectos de los Dieguez, se advierte una vez más esa actitud tan suya, de elogio a las novelas versificadas, en donde siempre se *cuente* algo. ¿Qué habría dicho el ilustre polígrafo de la pretensión de un modernísimo crítico egipcio quien, en un maravilloso artículo sobre los "poemas para las uñas", dice que todo poema que exceda de tres versos se convierte en novela?

El Salvador merece un comentario burlón de don Marcelino. Al toparse con una voluminosa *Guirnalda salvadoreña* comenta: "Muchos poetas son para tan poca república". Salida de tono, poco corriente en el gran crítico. ¿No es bien "poca" república Nicaragua y nos alimenta con Rubén Darío, y con una excelente falange de poetas modernos hoy? ¿Y qué más "poca república" que el Uruguay, madre de Herrera y Reissig, Zorrilla de San Martín, Delmira, Juana, Sara, y tantos poetas de primera clase?

Cuba, en cambio (¿no sería porque aún era parte política de España?) atrae amorosamente a don Marcelino, lo que da a su juicio un tono cordial e íntimo lleno de sugerencias y de aciertos. Claro que el ciudadano españolísimo que era don Marcelino aprovecha la oportunidad para expresar sus juicios políticos: "no tienen tanta razón algunos hijos de aquella isla para avergonzarse de no haber sacudido el yugo de la tiranía ibera, cuando menos bajo el aspecto intelectual", dice moderadamente, y añade: "no se ve qué hubiera ganado con el cambio". Lo último sale de los límites literarios y plantea una interrogante a ser respondida en otro lugar.

Los poetas cubanos reciben de don Marcelino atención especial. Inicia su examen con Zequeira y Arango (1760-1846) y con Rubalcava (1769-1805), o sea, dos contemporáneos del despotismo ilustrado, el cual tuvo en La Habana insigne protector en el Obispo Espada, a quien ha dedicado un reciente estudio, el actor Pons. Pero, sin duda, el poeta que más atrae al crítico es José María de Heredia, el cubano como le dicen en Santiago de Cuba, para distinguirlo de su homónimo, "el francés", autor de *Les Trophées*. Trece páginas recibe Heredia. Uno de los comentarios de su exegeta es de una gran clarividencia: comparándolo con Bello dice que ambos se diferencian en que mientras éste es un descriptor analítico, Heredia es un descriptor sintético, o sea, si nos ajustamos a cánones estéticos algo exigentes, Heredia posee el don fundamental del poeta: la síntesis. Don Marcelino distribuye con equidad sus elogios y censuras al respecto.

No ocurre lo propio con Milanés. La manera de caracterizarlo mezcla conceptos de diverso calibre y naturaleza. Oigámosle: "este simpático e infeliz poeta, que empezó tan bien y acabó tan desastrosamente, entorpecida su razón por las nieblas de la locura y mucho antes por las de mal gusto..." (II, p. XXXIX-XXX). No se puede ser más cruel. Milanés, con todo y eso, merecía juicios no tan implacables. Releyéndolo se encuentra en su parva obra más de un motivo de alabanza.

Tampoco se muestra comprensivo don Marcelino con José de la Concepción Valdés, *Plácido*. Le tilda de "espontáneo e ignorante", aunque más adelante atempera diciendo "pero no tan ignorante". A Me-

néndez y Pelayo le enfadan en la parva obra de *Plácido* tres elementos que son sus columnas: la protesta patriótica contra España, el tono sentimental demasiado fácil y el origen africano. Al respecto, creemos que se desliza en el juicio pertinente una frase reveladora y poco afortunada: "no sabemos qué poesía dará la raza etiópica entregada a sí misma". Sería absurdo hablar de lo que se denomina "poesía negrista", tan jugosa. Mejor será encarar el asunto en su raíz. Para Menéndez y Pelayo la poesía no tenía otra línea genealógica posible que la occidental o mediterránea. Sus dudas sobre lo indígena expresadas en la introducción al primer tomo, son parejas de éstas sobre la poesía etíope. Pertenecía el insigne bibliófilo a un ciclo cerrado, europeo hasta los tuétanos y, por tanto, intransigente con todo lo ajeno a la órbita occidental, aunque no con lo propio. Mas, subrayar tal opinión basta a los fines de este artículo, cuyas dimensiones correrían el riesgo de dilatarse en exceso, de seguir la pista de todos los valiosos y sintomáticos escolios, constitutivos de la temática y el tono de Menéndez y Pelayo.

Cuando estudia a la Avellaneda, en magnífico trabajo, destaca muy acertadamente las excelencias de su teatro, aun sobre su poesía lírica. Los comentarios sobre Luace, Mendive, Zenea. Palma sirven de mucho para la apreciación de estos autores, aunque no se ajustan del todo a la múltiple y rica personalidad de Zenea, el más original y delicado de ellos. Nuevamente, la poesía en que se atenúa la anécdota (aunque Zenea fué poco remiso en ella) escapan al gusto histórico e historicista de Menéndez y Pelayo.

El capítulo de San Domingo no es de los más valiosos de la obra. Los apuntes sobre Juan de Castellanos, el paso de Tirso de Molina, etc., sirven para compensar la anemia de poetas, aun cuando resalte a Del Monte, Chevremont d'Arvigny y la entonces incipiente doña Salomé Ureña, una de las más preclaras autoras de la Isla de Quisqueya.

Aparte de la personalidad del obispo Valbuena, que moró en Puerto Rico, la literatura poética de esta isla recibe mayor atención de Don Marcelino. No olvidemos: todavía pertenecía Borinquen a España, como Cuba. Destaca la personalidad de Alejandro Tapia Rivera, a quien en-

marca con suma propiedad: "Si por la grandeza de los propósitos y por la nobleza de los géneros cultivados, hubiera de graduarse el mérito de los autores, pocos aventajarían a Tapia". Desfilan, luego, José Gautier Benítez, Manuel Corchado, José María Monzje, etc. La simpatía del crítico salva cualquier escollo. La impresión de la romántica lírica portorriqueña es a través del juicio menéndezpelayiano, realmente refrescante.

Aborda a continuación la poesía en Venezuela. Produce ahí el más dilatado y concienzudo de sus juicios: sobre don Andrés Bello, a quien consagra 41 páginas. "Comparable a esos patriarcas primitivos", don Andrés aparece ahí con sus atributos de filólogo, gramático, maestro, jurista y poeta. Nos parece que habría bastado lo último, ya que a ello debía el encontrarse en la *Antología*, pero se advierte el regusto de Menéndez y Pelayo en co-dearse con hombre tan lógico, racionalista, clasicista y tutelar como fuera Bello. "Más atento al provecho común que al saber propio", según le caracteriza el santanderino, de su obra poética separa, como perla impar la traducción del *Orlando enamorado*. No conocía don Marcelino toda la vasta obra en verso de Bello, reunida por primera vez en la *Colección de Obras Completas* que se anda publicando ahora; pero, su juicio no sufre desmetro por esa causa. Claro está, la simpatía por el maestro caraqueño no tiene disimulos. Menéndez y Pelayo aprecia en él logros y posibilidades. Una de estas, referente a la magna empresa llevada a efecto a propósito del *Poema del Cid*, cuando Bello no disponía de los materiales necesarios para su trabajo, lo cual no le impidió coronarlo de manera admirable. En cuanto al poeta, aunque don Marcelino rinde pleitesía a la pericia de don Andrés, se entusiasma poco. Quizá viera en éste una especie de reflejo de su propia condición como poeta. Cuando uno recuerda las *Odas y epigramas* de Menéndez y Pelayo, tiene que convenir en que su estro, aunque ceñido a las tradiciones y versiones clásicas, fué superior al de Bello. Una de las composiciones de don Marcelino, sobre el ejemplar de Horacio que leía de niño, despide indudables efluvios líricos y acusa una recia y fina sensibilidad, que no aparece con tanta claridad en Bello, más seco y cerebral. Como que

la vida de ambos discrepa: el solterón alacres que fué Menéndez y Pelayo no vivió atado por las reiteradas ataduras conyugales que coactan el vuelo personal de Bello. Argumento éste último nada literario, pero, no obstante, de incuestionable vigencia.

\*  
\* \*

Abre el tomo III (impreso ya en 1894) con una breve reseña de lo que fué la vida intelectual en Bogotá, a la que, repitiendo conceptos entonces muy en boga, califica de "Atenas de la América del Sur". (Por cierto que Caro, en un rasgo de mal humor, la llamó "Apenas americana", en lugar de "Atenas . . ."), Advierte con fundamento que, a diferencia de los de otras ciudades el fundador de Santa Fe, Gonzalo Jiménez de Quesada "es el más antiguo de los escritores". En certeros y lapidarios conceptos, caracteriza a cada uno de los coloniales: por ejemplo, al caudaloso Juan de Castellanos le tilda de "infatigable rapsoda". Sobre las *Elegías* del mismo, opina: "La gran desdicha de este libro es estar en verso". Retrata con extraordinaria fidelidad y viveza lo que fué el siglo XVI bogotano, al que juzga peyorativamente: "fué en aquella colonia no sólo de mal gusto, sino de gran esterilidad poética".

Desde luego, conviene ponerse de acuerdo sobre lo que don Marcelino llama poesía. No siempre podemos secundarle. Así, su diatriba contra Hernando Domínguez Camargo, nos parece exagerada, y explicable sobre todo por la inquina con que gratificaba todo lo gongorino. Hablando así de uno de los versificadores bogotanos o santafereños de la época se expresa: "en los romances, sobre todo, tiene algo de lo bueno de Góngora, mezclado con muchísimo de lo malo". Habría que preguntarse, sin incurrir en idolatría, qué llamaba Menéndez y Pelayo "lo malo" de Góngora, aunque, de antemano, sabemos que se trataba justamente de lo más característico y barroco de su arte, las trasposiciones, metáforas, hipérbolos, lítotes, tan abundantes y certeras. Pero, don Marcelino fué siempre un racionalista, dueño de una cultura horizontal, a quien no se le debe pedir verticalidades ni aspiraciones de ese tipo, ni ascensos en espiral, sino simples sateas de Este a Oeste, como corresponde a quienes

descendían de la cultura de planisferio, trabajosamente entropados en la de la esfera terráquea, cuyas antípodas suenan a disparate a quien no se resigna a ábdicar de sus fáciles alcances aritméticos, sin permitirse el lujo de otras exquisiteces de altas matemáticas y complicada física.

Nos parece que la Madre Castillo, la gran prosista de Colombia virreinal, está juzgada de ligero. Tuvo la Madre finezas y sinceridades conmovedoras. Y sus pocos versos, inferiores a su prosa ciertamente, revelan algo no común. Con Sor Juana, más sencilla directa y confidencial, constituye el genial binomio femenino de tres siglos de occlusión cultural de la mujer americana. Debió inclusive ser considerada entre los *Heterodoxos*, pues su ortodoxia, aunque confesa, encierra gérmenes de heterodoxia también innegables.

Nuevamente hallamos entusiasmado a Menéndez y Pelayo frente a otro poeta de corte clásico, aunque hizo frecuentes escapadas hacia el romanticismo: José Eusebio Caro. Los ditirambos llegan a alturas inaccesibles en día corriente. "Fué el más lírico de todos los colombianos" . . . "genio lírico a quien sólo falta equilibrio en sus facultades" . . . Claro: todo esto rebota en el clasicismo. Sin embargo, merece un comentario. No ya para oponernos a la teoría de las "facultades" del alma, propia de esa época, sino para destituir la falta de equilibrio. Un lírico, un gran lírico equilibrado, corre el riesgo de dejar de ser lírico . . . y poeta. La poesía es un demonio que se apodera del hombre y le avasalla. Los ingleses, los más equilibrados, ceden inevitablemente, al señuelo de la fantasía, cuya caracterización con el "término "la loca de casa", exime de todo comentario. José Eusebio Caro fué, desde nuestro ángulo, precisamente demasiado equilibrado": ahí su talón de Aquiles, y no al revés.

El españolismo de don Marcelino se ceba, como es de uso, en Fernández Madrid, enviado de los revolucionarios colombianos. Apenas logra contener un dicitio peyorativo: hueca e intolerable patriotería "una sarta de denuestos en estilo de proclama", es lo que le inspira la discreta poesía del amigo de Bolívar. Excesivo rigor.

Cuando se encara a Julio Arboleda, digno por más de un concepto de elogios, Menéndez y Pelayo destaca sobre todo su *Gonzalo de Oyón*, al que considera "el



más notable ensayo de poesía americana en la manera épica, así como los cuentos de Batres son el principal modelo en la narración". Repetimos lo ya dicho: Don Marcelino concebía el verso como una rapsodia de los sucesos cotidianos. Una amplificación o musicalización de la prosa. De la historia. De ahí su rechazo a la lírica pura, su desinteligencia del barroco, su incapacidad frente al simbolismo del que tomó solamente la parte formal, la música sin penetrar en sus intenciones y esencias. Pero, ¿es que no todos somos hijos del tiempo en que vivimos?

Por su desasimilamiento de lo americano, juzga "extraño poema" (aunque "lo más americano que hasta ahora ha salido de las prensas") a la *Memoria sobre el cultivo del maíz en Antioquía*. Por G. Gutiérrez González. Rinde a este autor un singular homenaje: "poseía el don divino de convertir en poesía la más desdenada y cotidiana prosa": gran poeta, pues.

Desfilan, entre alabanzas medidas, J. J. Ortiz, Rafael Carrasquilla, José María Vergara y Vergara, Posada, Samper. Y pasa al Ecuador, sin considerar a Isaac, grandísimo pecado, tal vez por estar aun vivo, ya que el deceso del autor de *María* ocurre al año siguiente de haber aparecido este volumen, esto es, en 1895.

Nos parece que en el capítulo sobre Ecuador es donde don Marcelino muestra menos aciertos. Sus juicios sobre Velasco y Evia acusan lectura precipitada. Omitió al jesuita Aguirre, a quien Gonzalo Zaldumbide ha dedicado uno de sus más jugosos ensayos, y que es, fuera de toda duda, uno de los grandes poetas líricos de nuestro siglo XVII. En cambio, consagra largo trabajo a Olmedo (39 páginas en total), muy merecidas por cierto, aunque uno pueda discrepar de su contenido, y sobre todo, de ciertos matices ultrapasados por las investigaciones y evaluaciones proyectadas sobre el poeta de Guayaquil.

Una de las pruebas de la fineza de Menéndez y Pelayo para enjuiciar este tipo de poesía objetiva, lo vemos en su enfoque de Olmedo. "Empapado de poesía antigua", le califica, y sus paralelos con Quintana y Meléndez Valdés acusan una vez más la pluralidad y hondura de conocimientos que, a este respecto, poseía el gran crítico santanderino. Y ello resalta más cuando se refiere a la Oda *A Miña-*

*rica*, pues que, a decir verdad, en lo tocante a la dedicada *A la Victoria de Junín*, nos parece que el rápido, pero cetero comentario de Bolívar, en sus dos cartas a Olmedo, es sencillamente insuperable por su penetración, exactitud e ironía. Menéndez y Pelayo supera ciertos prejuicios ambiente sobre la poesía de la guerra civil, cierto que la de la Independencia, según se ha visto en el caso de Fernández Madrid, repugnaba a su nacionalismo. Con todo, el enaltecer los encendidos versos de la oda de 1833, apunta algo que convendría aplicar no sólo al propio caso sino a todos en general. Dice: "a los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos". Exactísimo. El mismo don Marcelino debiera de considerarlo para su propio caso. Pues que, con frecuencia, se aplica más a los asuntos que a los versos, sobre todo si aquéllos se refieren en alguna forma a España.

Los estudios de Manuel Cañete y los Amunátegui sirven de base al de Menéndez y Pelayo sobre Olmedo. Bien escogidos. Con todo, mucho se ha avanzado en este camino. Lo esencial de don Marcelino permanece.

Después de un rápido juicio sobre Julio Zaldumbide (amigo y protector de Montalvo) llega don Marcelino a Gabriel García Moreno, a quien un liberal apodaría "el sombrío tirano teocrático". No decimos tanto, mas, sin duda, Menéndez y Pelayo se deja arrastrar por su pasión católica cuando inserta en una antología al poeta bisiesto (según el término de Manuel Bandeira), y menos que bisiesto, encarnado por García Moreno. Va mucho más allá en su arranque sectario el crítico, transformado en catecúmeno o propagandista religioso: va hasta aseverar sin atenuantes: "La República que produjo tal hombre puede ser pobre, oscura y olvidada, pero con él tiene bastante para vivir honradamente en la historia". Ni que le hubiera nacido Homero al Ecuador. O Shakespeare. O Cervantes. Demasiado entusiasmo proselitista a expensas de la seguridad y respetabilidad estética.

\*  
\* \*

El capítulo sobre Perú nos parece de los más afortunados, tanto como el de México. Tal vez porque don Marcelino coinci-

día con cierto regusto clásico característico de las letras peruanas en su primera época lo cual ha movido a Riva Agüero a incurrir en la generalización de que la literatura peruana tiene una fisonomía classicista. De "la más opulenta y culta de las colonias españolas de la América del Sur" califica a Perú el crítico. Trata de probarlo.

No obstante se equivoca al señalar como Real Cédula de fundación de la Universidad de San Marcos, el 21 de septiembre de 1551. Fué el 12 de mayo. El 21 de septiembre es una fecha común a Lima y México, pero la primera estaba reconocida meses antes. Es asunto sin disputa. Tampoco acierta cuando, sin compulsar la veracidad del Inca Garcilaso, llama a sus obras "novelas históricas" o "historias anoveladas". Años más tarde, sobre todo después de conocer el magistral estudio de Riva Agüero (*La historia en el Perú*, Lima, 1910) don Marcelino, con su acostumbrada honradez, se rectificó. Nada de lo que, sin necesidad, dijo en esta *Antología* sobre la exactitud del Inca tiene validez. Nos habría hecho falta conocer sus juicios acerca del valor literario, que eso sí, importaba por cuanto, según nuestro dictamen, nadie ha elevado a más alto nivel la poesía en el Perú que nuestro Inca. Pero, a Menéndez y Pelayo le molestaba, a fuer de español y de católico, los elogios de Garcilaso al Incario, que prefería considerar "novela peruana", sin darse el trabajo de una compulsión documental, ni de una evasión estética.

Cuánto debiera arrepentirse don Marcelino, trocado en historiador de Indias, de aquel ligerísimo juicio suyo: "Los *Comentarios Reales* no son texto histórico; son una novela utópica como la de Tomás Moro, como *La Ciudad del Sol* de Campanella, como la *Océana* de Harrington; el sueño de un imperio patriarcal, regido con riendas de seda . . .", etc. Al español recalcitrante del siglo XIX aquello le sonaba a mal. No es de confiar, por eso, cuando se encuentran en conflicto sentimientos patrióticos, los dictámenes y sentencias de don Marcelino. Con todo, le reconoce sus cualidades literarias: "Como prosista es el mayor nombre de la literatura americana colonial: él y Alarcón son los dos verdaderos clásicos nuestros nacidos en América". Pese a tal elogio, cabe siempre argüir. Garcilaso no es un clásico español, ni por su

inspiración, ni por su "romanticismo" (óigase bien: romanticismo, romanticismo de raíz, esencial, como diría Dilthey), ni por su sentido plástico del paisaje, ni por su nostalgia. Garcilaso es un clásico americano: el primero de todos.

Sobre los poetas o versificadores nombrados por Cervantes y Lope hay ahora mucho averiguado. José Toribio Medina ha iluminado suficientemente este camino en dos opúsculos suyos, dedicados especialmente al tema. Algo hicimos nosotros mismos a este respecto. Se trata de materia de erudición, no poética, salvo Garcés y la anónima o incógnita Amarilis, en la cual nadie ha acertado, pues todas las hipótesis incluida la de don Marcelino, caen por su base. No conoció —y fué lástima— la segunda parte del *Parnasso Antártico* de Diego Mexia de Fernangil, conservado en la Biblioteca Nacional de París y exhumado por José de la Riva Agüero en 1914. Pasamos por alto los comentarios sobre Diego de Ojeda y Luis de Belmonte, por ser más de España que de América. Nos parece que lo más importante reside en el enfoque de El Lunarejo, pues de ahí podemos extraer algunas saludables conclusiones.

Olvidemos el error bibliográfico de don Marcelino, quien confunde la primera edición, con la segunda. Apareció en 1662, no en 1694, fecha de una segunda tirada, y entendemos que no fué Juan de Quevedo el editor de ésta. Pero no tiene importancia el minúsculo yerro ante otros aspectos. Menéndez y Pelayo rinde pleito homenaje al valor sustantivo de la prosa de Juan de Espinosa Medrano, y le reconoce todos sus méritos. En lo que nos parece que se equivoca fundamentalmente es en sus generalizaciones sobre el culteranismo, cuyos defectos no ocultan sus excelencias, ni excusan despacharlo con frases como ésta: "(salió) del Perú la mejor y más ingeniosa poética culterana, tan docta y tan aguda, que, a no ser la causa pésima y detestable, pudiéramos decir de su defensor, con palabras de Virgilio: 'Si Pérgamo dexira defendi possent; etiant hac defensa fuisent'. No fué sólo "poética" aquella, sino poesía; y los abjetivos de "pésima" y "detestable" van más allá de la crítica literaria, confundiendo con la eclesiástica en sus arranques de anatema, pidiendo leña de sacra hoguera para lo que estaba ungido de humana comprensión. No, Juan de Espi-

nosa no "gastó miseramente" sus dotes en componer el *Apologético*. Sin él no se podría aquilatar el "esprit de finesse" del indio culto, ni los esguinces de purísimo arte a que puede llegar la prosa culterana y conceptista, cuando quien la maneja es un artista de verdad. Y que ese artista podía nacer en Perú colonial, emparedado por los Andes, lo que demostraría muchas cosas que no es posible tratar aquí, pues nos llevaría a otros rumbos, como, por ejemplo, el que emana de la pregunta ¿por qué Góngora, y no Cervantes ni Quevedo, fué el poeta predilecto de América, y, además, ¿por qué el barroco sufre variantes tan radicales entre nosotros al extremo de crear un arte nuevo? Por otra parte, la biografía del Lunarejo está esclarecida, y sabemos que doña Clorinda Matto de Turner erró en una década, e importante década, al señalar su natalicio.

Desde luego, aunque Caviedes merece elogios de don Marcelino, no pudo éste saber que, en vez de Lima, era nacido en Andalucía. Los comentarios sobre El Conde de la Granja son certeros, pero peca de injusticia en los de Peralta, superior poeta a lo que de él se dice, y, si no, léase la exégesis de Martín Adán.

La impronta del siglo XIX obnubiló el gusto estético, al extremo de negar todo lo culterano. En ello había más de una traza de belleza. Martín Adán ha superado a todos los críticos literarios del Perú, al rescatar para Peralta no ya aciertos históricos o fuerza de erudición, sino buen acierto literario. Su tesis *Lo barroco en el Perú*, encierra tantos hallazgos que, pese a sus arbitrariedades, es y será factor esencial de todo juicio futuro sobre nuestras letras coloniales. Desde luego, rechaza aquello de "catálogo rimado" con que Menéndez y Pelayo condecora *La vida de Santa Rosa* del Conde de la Granja, cuyas descripciones de Lima, de la erupción del volcán y de la propia protagonista lucen encantos singulares. Ni Peralta fué "indigesto", ni acaso "estupendo"; ni su criterio histórico fué de los más inciertos y extravagantes, pues que, al revés, lo que hizo en su *Historia de España vindicada* fué comparar la situación de Roma respecto a la Península con la de ésta respecto a la de América, puntería no errada, sin duda. Don Marcelino, que no conoció todo el acervo teatral de Peralta, revelado por

Irving Leonard, se dió cuenta, empero, de las excelencias del limeño en esa actividad, por lo que lo caracteriza como "poeta dramático . . . bastante más feliz que en lo épico". Muy exacto.

Exagera cuando tilda a Terralla de romancista "pedestre, chabacano y grosero". Creemos que Cayetano Alcázar no coincidiría con él tampoco cuando dice de Olavide que estaba "dotado de cualidades brillantes (pero) era de instrucción flaca o superficial" y que "era una cabeza ligera, menos perversa de índole que largo de lengua". Donde, sí, estamos todos de acuerdo es en que fué "medianísimo versificador", y, la verdad, menos que medianísimo.

Cuando se encara a Mariano Melgar, el "poeta de los yaravies", Menéndez y Pelayo muestra mayor porosidad que Riva Agüero, el cual rechaza al arequipeño, tildándolo de "momento curioso", forma peyorativa, nada halagüeña, sin duda.

Con Pardo vuelve a exagerar don Marcelino. Su clasicismo le conmueve. "El verdadero representante de nuestra escuela clásica en el antiguo virreinato del Perú", le llama, con aire protector, olvidando, empero que Lista, maestro de Pardo, tenía ya ribetes románticoides, y que *La Lámpara* es una composición de evidente intención romántica.

Donde, sí, fracasa es al tratar de Segura. Dice de él que "heredó la vena satírica de Pardo aunque no su aticismo ni su cultura ni su delicado gusto". Pardo había nacido en 1805; Segura en 1806; Pardo murió en 1869; Segura, en 1871. Son dos vidas paralelas. Pardo vuelve al Perú en 1829; su influencia comienza a ejercerse después de 1836; Segura para entonces había ya escrito *La Pepa*, y en 1839 estrenaba *El sargento Canuto*. No hay herencia, sino coincidencia en ciertas motivaciones, con el distinguido grave de que mientras Pardo despreciaba lo criollo, Segura era un criollo ciento por ciento. Me remito a mi libro *El señor Segura, hombre de teatro* (1947), donde presenté precisiones olvidadas o ignoradas, y, claro, apeló también a los enjundiosos trabajos de Raúl Porras sobre Pardo, y a los de Martín Adán, por no mencionar a Riva Agüero.

No nos parece que el resto del capítulo sobre Perú ni el dedicado a Bolivia, muestren lo mejor del genio investigador y

crítico de Menéndez y Pelayo; pero era lo más que se podía hacer entonces, y sobre todo a la distancia. Las páginas sobre Mora nos parecen muy inspiradas.

\*  
\* \*

El tomo IV (1895) se consagra a Chile, Argentina y Uruguay.

Es inobjetable que en la última década del siglo pasado, los conocimientos sobre el pasado indígena eran sumamente escasos. Predominaban prejuicios "blanquistas" e imperiales, a que no escapaban ni los más eminentes maestros. Quizá una de las excepciones fuera Unamuno. Por que aun cuando Juan Valera escribiera medidas y discretas *Cartas Americanas*, se echa de ver, a través de su dialéctica, un sutil menosprecio o un mal disimulado asombro. De ahí que las rotundas expresiones de Pío Baroja no hagan sino traducir en términos tajantes lo que otros de sus congéneres expresaban con cortés tibieza.

Don Marcelino escribe a propósito de Chile: "La raza indígena que tan escasa o nula influencia ha ejercido en la literatura hispanoamericana, tiene, no obstante, en la Colonia de Chile, una acción indirecta tan poderosa que decide del género y asunto de la mayor parte de las producciones en prosa y en verso que allí durante dos siglos se compusieron".

Esta proposición adolece de dos errores: el primero, el que la raza indígena ha ejercido una estupenda influencia, no sólo como temario, sino por sintaxis, vocabulario, sensibilidad, etc., cual se advierte en las literaturas mexicana, peruana, guatemalteca, boliviana, etc.; el segundo, el que en Chile, precisamente, tal influencia fué muy tenue, y si abundan argumentos de origen indio, como los que se refieren a los araucanos, ello podría ser considerado efecto de la lucha civil planteada y, también, fruto prerromántico, en torno de un tema nuevo.

A don Marcelino ese asunto, el indígena, no le produce mucho entusiasmo. Así, a Ercilla se lo echará en cara. De su versificación dirá que era "rastrera cuando no es perfecta". Y aunque se detiene harto en Pedro de Oña, recordemos lo que con respecto a él ha dicho cuando trata de Valbuena, y pensemos que no conoció una de

las obras más representativas del fresco poeta de Angol, *El Vasauo*, exhumado por don Rodolfo Oroz, hace tres lustros. Aunque distamos de aceptar las adquisiciones sociales de Fernando Alegría acerca de Oña, creemos, sí, que sus méritos literarios exceden los que le asigna Menéndez y Pelayo.

En general, el juicio del santanderino sobre las letras chilenas no es favorable. Por ahí emplea la dura expresión "bípedos de la Beocia americana", de las menos favorables a gente tan empinada y riesgosa como la chilense. De la obra periodística de Camilo Henríquez sabe poco. No aprecia a los poetas románticos. A la polémica entre Sarmiento y Bello le da relieve justo, si bien destacando menos el aporte de Vallejo y Lastarria, no tan dignos de olvido como se les hace aparecer por ese concepto.

Tampoco mira con simpatía las letras argentinas. Claro, cuando trata de Martín Barco Centenera, toda censura le es perdonada. Con su habitual franqueza, en ese estilo conversado que le fué característico, dice el crítico: "Yo no he tenido la suerte de encontrar tales perlas en *La Argentina*, pero, sí, muchas curiosidades que hacen tolerable y a ratos entretenida su lectura". Muy justo.

Y es justo lo que dice de Labarden (debió escribir Lavardén), aunque la *Oda al Paraná* merezca otros considerandos. No se encandila con los poetas de la Independencia; en cambio concede alto rango a Juan Cruz Varela, cuyo clasicismo (tratado en 17 páginas) era como para suscitar el interés y la simpatía de hombre tan dado a la literatura de ese tipo.

Es curioso. La aparición del romanticismo en el Río de la Plata atrae con extraordinaria viveza la atención de don Marcelino. Esteban Echeverría, que pudo despertar sus censuras, aviva sus elogios. "Lo que daba carácter al libro (*Los Consuelos*) era la melancolía del subjetivismo romántico", dice, y agrega lo siguiente, que es de una exactitud meridiana: "Echeverría era más romántico en el sentimiento que en la forma". La descripción de la pampa le llena de entusiasmo. Advierte como un orbe nuevo. La desnudez de esa tierra sin repliegues, diferente en todo a sus montañas cántabras, produce extraña sensación al crítico. Así debió se-

guir cuando se roza con los grandes gauchescos, como Hernández, Del Campo, Ascasubi; pero, no. Al gustador literario le estorban los popularismos y las recomendaciones éticas. Encontrará en el *Martín Fierro* excesivo reformismo moral, discrepando ahí radicalmente de Unámunno, uno de los mejores catadores del poema de Hernández. No obstante, como Menéndez y Pelayo es, por sobre todo, un crítico de veras, tiene una expresión conjunta sobre Del Campo, Ascasubi y Hernández: "diletantismo artístico, pero la fibra popular persiste y en el último llega a manifestarse épicamente". Este adverbio final engarza con el concepto unamuniano. De epopeya hablamos, cuando del *Martín Fierro* se trata. También coinciden, y como no, en que "su canto está impregnado de españolismo". Un criollo difícilmente lo admitiría. Pero, no lo olvidemos, ni Unamuno ni don Marcelino conocieron al criollo ni lo criollo. De él hablaron de oídas y leídas. Modo indirecto de enterarse.

El capítulo sobre Uruguay reúne a Acuña de Figueroa, los dos Berro, Juan Carlos Gómez, y, claro, al padre de los "cielitos", Bartolomé Hidalgo. No podría decirse que éste sea uno de los mejores capítulos de la obra. Nos parece de escasa información y hasta algo apresurado. No obstante de él sale el cañamazo para una futura historia de la poesía en el Uruguay.

\*  
\* \*

El balance de este laborioso estudio de don Marcelino impresiona por sus altibajos.

Desde el punto de la información era lo mejor logrado hasta ahí. Desde el de la doctrina, dejaba muchísimo que desear. Conocer los libros no es conocer la literatura. Ya sabemos que hay una sutil ecuación entre el hombre, su expresión y su medio. Quien la eluda o ignore tendrá un conocimiento a tercios, por mucho que destaque su erudición.

Menéndez y Pelayo no fué jamás un espíritu constreñido. Al contrario. Abundaba en él la vida. Leía con deleite, provecho y malicia. Sus juicios reposan, eso sí, en cierto racionalismo no siempre provechoso. Creía que la vida puede someterse

a los dictados de la lógica, y él tenía su propia lógica, por lo general tomada de ciertas definiciones.

Su gusto poético era evidente. El tomito en que constan sus creaciones dista mucho de ser el simposio de un académico. Solterón profesional y vocacional, sentía por la vida cotidiana cierta admiración que le preservó de acartonarse. Sus discípulos suelen ser mucho más tiesos que el maestro. El sabía paladear la belleza. Probablemente la tactó muy a menudo. Sin avergonzarse de semejantes concesiones a lo diario.

La poesía americana le sonaba a extraño. Es que, en realidad, somos algo extraños a lo español. Tenemos un modo de sentir, de imaginar, es decir, que dista de los engolamientos hispánicos. Hasta nuestros elocuentes (casos de Olmedo y Heredia) poseen cierto humorismo fundamental de que no nos damos cuenta sino en las comparaciones.

Menéndez y Pelayo se tropezó con un turbillón de bellezas dichas en su propio idioma, pero de otra manera. Mucho, en tono barroco, que él odiaba cordialísimamente. Lo americano le resultaba poco inteligible. Nuestra sensibilidad es distinta. Hasta cuando hablamos de temas comunes, nuestra voz disuena.

Menéndez y Pelayo resalta como típico historiador literario; a menudo, como crítico. Para lo último se halla circundado por invencibles vallas. Su clasicismo es una de ellas, y clasicismo del siglo XVII.

Aunque no sintió a Calderón de la Barca ni entendió a Góngora, calaba la vida cotidiana, lo cual le salva de otras deficiencias.

Iluminó nuestra historia literaria por manera evidente. No hasta el punto de crearla. Pueden decir esto quienes ignoren los previos trabajos de León Pinelo, Nicolás Antonio, Cañete, Ticknor, y el propio Prescott, historiador neto. Menéndez y Pelayo trató de dar coherencia a los trabajos aislados. Leyó con sus ojos y por su cuenta. Opinó a su manera, sin limitaciones; con ese estilo platicante, en que suele diferir de sí mismo, libre, muy libremente.

Sin duda, su ejemplo es de los más estimulantes. A él se debe el ordenamiento preliminar de nuestros materiales literarios. Es curiosa su forma de reaccionar frente a

cada caso. Don Marcelino, intelectual ciento por ciento, leía a conciencia cuanto se ponía a su alcance. Dicen que para ello solía alquilar una pieza de hotel donde se encerraba con sus papeles y un buen brandy. Trabajaba libre de toda influencia. Pero, eso mismo imprime a su obra un ciento aire solitario.

Solitario, decimos, e hispanicísimo y catolicísimo. Son los dos límites que lo confirman, cual se advierte en la recomendación o súplica trascendental que acompaña a uno de los tomos de sus *Heterodoxos*. Si quisiéramos encuadrar el ámbito de este trabajador estupendo, diríamos que estaba limitado al Norte por la Iglesia Católica, al Sur por la Madre España hispanizante, al Este por el Clasicismo y al Oeste se extendía la dilatada pampa de su infinita e ilímite curiosidad.

Claro; los reparos que hoy formulamos a algunas de sus investigaciones tienen un carácter extemporáneo. No podía él tratar de lo que entonces no estaba descubierto, porque, no lo olvidemos, él no investigó nuestras letras, sino que las glosó o reseñó. Insistimos en la diferencia: investigar es buscar novedades, ir a las raíces; él se limitó a los resultados que se le ofrecían.

compulsándolos con una sólida doctrina e indudable buena fe.

De ahí que sea inicuo reprocharle que, por ejemplo, no supiera que Caviedes fué andaluz de nacimiento; o que no conociera ciertos datos sobre Sor Juana; o que ignorase las ratificaciones históricas en torno del Inca Garcilaso, etc., aunque de mucho de ello se vuelve a ocupar en la reedición de sus prólogos, ya bajo la forma de *Historia de la poesía hispanoamericana*, publicada al filo de sus días.

Esto mismo revela hasta qué punto la honestidad investigatoria de Menéndez y Pelayo estaba abierta a toda información nueva.

Al terminar de releer sus prólogos, queda un grueso saldo favorable y una saludable sensación de frescura. Menéndez y Pelayo fué de los que trabajaron a conciencia y con amor. Una cabeza organizada como ninguna y una sinceridad que se trasparenta en su estilo rico en vocablos, ágil de giros, noble de conceptos, aunque, a menudo, apasionado de adjetivos. Fué un señor de las letras y de las ideas. Al medio siglo y más de escritos aquellos prólogos, todavía se leen con agrado y con provecho. No es poco elogio, desde luego.